

“CONTINGENCIAS”

SEUDONIMO: Lucerna

AUTOR: Ángel Revuelta Perez

PAIS: España

La pequeña figura de jade negro en forma de gato y con ojos diamantinos reposaba en su privilegiada posición, escoltada por la colección de objetos que compartía estantería con una apretada compilación de libros. Marga, en cada ocasión que pasaba el plumero por las baldas, se sentía fascinada por aquella enigmática pieza, acariciando sus delicadas formas con la mirada. “¡Madre mía! ¿Cuánto costará esto?”.

Aquella mañana sus reflexiones se vieron interrumpidas por el gruñido que el señor Torres emitió al arrancar el folio de la máquina de escribir, arrugarlo y arrojarlo sin acierto contra la papelera. Enfurruñado colocó otra hoja en el carrete y comenzó a golpear con fuerza las teclas.

Marga por un instante pensó en dirigirle unas palabras tranquilizadoras, pero se contuvo, recordando la estricta orden que el escritor le había impuesto en la última ocasión en que ella le había hablado, cuando, entrando en la sala con el desayuno preparado y dirigiéndole un amable saludo, él, enfurecido, espetó que con su constante parloteo le era incapaz concentrarse, amenazándola con el despido si volvía a interrumpirlo, fuera cual fuera la causa. Marga había ido conociendo el mal genio que dominaba de continuo el carácter del señor Torres, por lo que el exabrupto no le cogió de nuevas, pero a partir de ese momento se cuidó de no volver a hablar en su presencia, aguardando a que se le pasara el enfado.

Después de todo necesitaba aquel empleo. Puede que aquel hombre no fuera el más agradable del mundo, pero el sueldo no estaba mal y el trabajo no era el peor de los que había ejercido. Además, ¿a qué otra cosa podía aspirar una mujer sin estudios y próxima a los sesenta años? ¿Quién le daría un empleo mejor que aquél?

En el fondo tuvo suerte el día en que Alberto Torres decidió regresar a España y retirarse en aquella casona restaurada del bajo Asón, cerca de la costa Cantábrica. No es que ella entendiera mucho de libros, pero quién no conocía al insigne escritor, innovador de la literatura española desde los años sesenta, exiliado por su oposición al régimen y aupado a la gloria internacional en plena Transición, convirtiéndose en el símbolo de la España abierta y democrática que afrontaba el nuevo milenio. Una brillante carrera certificada por la inacabable lista de premios, nacionales e internacionales, que adornaba su currículum, del cual sólo se mostraba esquivo el Nóbel del que Torres había devenido en eterno aspirante. Después, el retiro del genio lejos de los focos y las portadas y su alejamiento de la literatura... Aunque desde hacía algunas semanas parecía haber recuperado su pasión por la escritura, justo aquellas en las que su carácter había empeorado.

Finalizada la limpieza –sin tocar ninguno de los papeles, por supuesto–, Marga abandono en silencio la sala, echando un último vistazo al hombre que, sin percatarse de su presencia, observaba con total concentración el folio en blanco.

*

El misterioso gato azabache había desaparecido. Al principio no se había dado cuenta. Al igual que otros días, aquella mañana había entrado en la sala vacía –Torres se hallaba en el baño– para limpiar el polvo. Al dirigirse a la estantería notó la ausencia. Le extrañó. Sabía el aprecio que el escritor sentía por la pieza, y en el tiempo en que ella

llevaba en la casa nunca la había cambiado de sitio. Cuando él entró en la habitación Marga no pudo evitar preguntarle por la figura, olvidando sus estrictas instrucciones.

Para su sorpresa el escritor no se enervó. Su reacción fue un tanto inesperada, dubitativa, pretendiendo restarle importancia al asunto.

—¿Eh? Ah, sí. La he guardado... En la caja fuerte. Es una pieza muy valiosa y nunca se sabe... Se produce tanto robo hoy en día.

A partir de ese instante la actitud de Torres experimentó un evidente cambio, recibido con agradecimiento por parte de Marga. Su huraño carácter se suavizó poco a poco, mostrándose menos hosco e, incluso, amable. No es que su personalidad diera un vuelco completo, pues conservó su perfil taciturno, ensimismado... Pero la estancia en la casa, para Marga, se transformó en algo más agradable de lo que lo había sido hasta el momento.

La ley de silencio quedó así abolida, en un principio rota mediante fórmulas rutinarias de cortesía centradas en la labor de Marga, pero, según avanzaron los días, las conversaciones se tornaron más personales, en un proceso por el cual ambos, escritor y asistente, fueron abriéndose uno al otro.

Él, superando las barreras con las que había ido aislándose de su entorno y extrañado por la confianza que le transmitía aquella mujer tan alejada de su universo vital e intelectual, le habló del hastío que había desarrollado hacia su vida como estrella literaria y hacia la propia literatura como razón de ser de su existencia, optando al fin por autoexiliarse en aquella casa, lo más lejos posible de su anterior vida. Opción que había incluido la terminante decisión de no volver a escribir nunca más. Promesa, ésta última, incumplida, como ella conocía bien. No porque no se la hubiera impuesto con

total convicción, no; pero a las pocas semanas de instalarse en la casa, confesó, una ansiedad creció en su interior.

Sí, escribiría una última novela, la definitiva. Una sincera por completo, sin ningún tipo de compromiso, ni con los editores, ni con los críticos, ni con los lectores. Iba a volcar en ella todo lo que llevaba dentro, todo lo que había ido acumulando a lo largo de los años, por desagradable que fuera. Habría de ser su testamento literario, su obra total.

Marga, por su parte, le narró su dura experiencia vital, reducida desde niña a una interminable lista de trabajos extenuantes y mal pagados, y a la –imposible– educación de un hijo malcriado por la excesiva protección de una madre abandonada por su marido. Un hijo sin oficio ni beneficio que le había proporcionado más disgustos que alegrías, incluyendo algún desencuentro con la ley.

–Nada grave –trataba, pese a todo, de defenderlo–. Ya sabe usted como son los jóvenes... Algo alocado e inconsciente, influenciado por malas compañías... Pero en el fondo es buen chico.

–Claro, claro –respondió Torres en un sutil tono escéptico que ella no percibió, obcecada en hallar alguna virtud en aquel hijo que de sí misma parecía haber heredado, sólo, su rojo cabello.

Mostró Marga preocupación por la repentina marcha del chico, hacía ya varias semanas. No es que no hubiera desaparecido otras veces, regresando de manera imprevista sin ofrecer explicación alguna cuando el hambre le apretaba, pero en esta ocasión resultaba distinto. Había partido dejando todas sus cosas, llevándose nada más que lo puesto y su ausencia se prolongaba más de lo habitual.

–Tengo miedo de que esta vez se haya metido en un lío de verdad.

–Tranquila mujer –procuró consolarla Torres–. Seguro que pronto lo volverás a tener en casa.

–¿Usted cree señor Torres?

–Claro que sí. Y llámame Alberto... Marga.

Aquella noche durmieron juntos.

*

Se observó desnuda en el espejo del baño, iluminada por el sol de la mañana. Nunca había sido una mujer hermosa, lo sabía, pero el paso del tiempo había impreso en su cuerpo su inexorable cicatriz. Su silueta había ensanchado, sobre todo en la zona de las caderas, y las varices afeaban unas piernas que en otro tiempo pudo calificar como esbeltas. Demasiadas horas en pie, limpiando, o de rodillas, fregando suelos. Pese a ello, en aquel momento hallaba cierta belleza en su reflejo. Del mismo modo que en Alberto. Era algunos años mayor que ella, y cuando le conoció le pareció un viejo solo y amargado, más próximo a la lástima que al miedo que pretendía infundir su pésimo carácter. Sin embargo ahora le resultaba atractivo, con su blanca y corta cabellera y un cuerpo que lograba mantenerse delgado.

Aún no se explicaba cómo había sucedido. Y más aún le sorprendía la naturalidad con que había ocurrido. Un hombre como aquél, rico y famoso, que podía tener a la mujer que quisiera, a cuantas se le antojara. Y la deseaba a ella. Así mismo se lo había confesado. Y con aquel tono de dulzura. Cómo esperar tanta ternura de un hombre en apariencia rudo y hostil.

Sí, aquella mañana se sentía hermosa.

Los siguientes días fueron los más felices que podía recordar en mucho, mucho tiempo, recuperando sensaciones y reverdeciendo sentimientos que creía agostados para

siempre. Y tal dicha aún se multiplicó cuando, al fin, recibió noticias de su díscolo hijo, en forma de carta remitida desde Madrid, donde aseguraba haber encontrado trabajo y esperaba asentarse.

¿Era posible? ¿Su Ricardo sentando la cabeza? Aquellas escuetas letras suponían para Marga la constatación de su esperanza, por mucho tiempo acariciada, de que algún día floreciera la bondad que anidaba en el interior de su hijo. Corrió a mostrarle la carta a Alberto, quien con sincera alegría compartió su alivio al librarse de la pesada losa que, durante semanas, había supuesto la constante inquietud por el hijo desaparecido.

–Lo ves, mujer –le dijo con tierno paternalismo–. No tenías por qué preocuparte tanto. El chico está bien.

Decidieron celebrarlo con una excursión, recorriendo la acantilada costa que, hacia el este, recortaba el Cantábrico. Tras la comida, recostados sobre una manta extendida sobre la hierba, Marga preguntó a Torres por sus hijos, de los que siempre se resistía a hablar. Él le respondió recuperando parte de su amargura.

–Sólo dan señales de vida para pedirme dinero. Los dos. Mi hija y su estúpido marido, y el inútil de mi hijo, embotado en su estéril vida de vulgar hedonismo. Es lo único que han hecho toda la vida. Sacarme dinero.

–No hables así, hombre –le replicó ella con la sincera ingenuidad que a él tanto le gustaba–. Seguro que te quieren. Y tú a ellos.

–¡Ja! Seguro que no. Desengáñate, querida. Los hijos son como los gatos. Te quieren mientras te necesitan. Luego, cuando crecen, marcan los límites de su independencia y sólo regresan a casa por interés. Tú deberías saberlo bien.

El tono taciturno de aquellas palabras dejó en Marga una desagradable sensación de inquietud que no logró alejar de sí durante el resto del día.

*

Cuatro meses duró el idilio, número idéntico al de cartas que Marga recibió de su hijo. Ambas relaciones, sentimental y epistolar, terminaron el mismo día, y las dos de la misma abrupta y dolorosa manera.

Aquella mañana se despertó sola, sintiendo el hueco que la ausencia de Alberto imprimía en el lecho. Miró en la sala de escritura, donde aguardaba sobre la mesa el manuscrito, junto a una vacía botella de champán y las dos copas con que la noche anterior habían celebrado la culminación de la novela. Bajó las escaleras llamándolo por su nombre, sin obtener respuesta. Entonces lo vio. De espaldas junto al vano de la puerta de entrada, inmóvil como una estatua.

–Cariño, ¿no me oías? –Le preguntó, situándose a su lado.

Él no reaccionó, con el rostro transfigurado por una desconocida expresión, fija la mirada en algún punto de la cercana arboleda que se extendía más allá de la cerca de la finca. Marga miró al lugar, donde un grupo de personas formaban corrillo junto a un montículo, entre los que se distinguían varios uniformes de policía. Un escalofrío le recorrió la espalda. Avanzó hacia el lugar, despacio, como si la sangre se solidificara en el interior de sus venas haciendo sus piernas cada vez más pesadas.

Miró a través del círculo de agentes, los cuales rodeaban un hoyo excavado en la tierra. En el fondo, boca abajo, descansaba un cadáver cuyo estado de descomposición no le impidió reconocer la oscura sudadera que llevaba puesta. Tampoco el llamativo color rojo de su cabello. Cuando uno de los agentes extrajo del bolsillo del pantalón del cuerpo una curiosa figura negra en forma de gato, las rodillas de Marga parecieron quebrarse, cayendo sobre el manto de hojas secas.

*

Según su declaración, aquella noche Torres se había despertado inquieto. Seguro de haber oído un ruido en la planta inferior, buscó el revólver que guardaba en uno de los cajones de la cómoda y, nervioso, pero con la máxima precaución, descendió las escaleras. Antes de alcanzar el piso intuyó un movimiento en el salón, apretando por instinto el gatillo. Cuando encendió la luz vio el cuerpo en el suelo, con una herida de bala en el pecho. Junto a él, una bolsa deportiva de la que sobresalían varios objetos de valor y, próxima a su mano derecha, una pistola automática.

Admitió que debería haber avisado a la policía, que era un caso claro de defensa propia, pero... Si se había instalado en aquella casa, en aquel lugar, fue para alejarse de la prensa, de los flashes, de la televisión, de la gente que se le acercaba para pedirle autógrafos, hacerse fotos con él o pedirle que leyera manuscritos que desvelarían, sin dudarlos, nuevos genios de la literatura. No, no podía pasar por aquello: policías, abogados, jueces, periodistas... Su novela quedaría bloqueada, perdería el aislamiento y la concentración que necesitaba para culminar su último libro, su legado.

No dudó en tomar la decisión. Vacío la bolsa de los objetos sustraídos, en la cual guardó el arma del intruso, y cargó con el cuerpo hasta la línea de árboles. Horas le costó arrastrarlo –pese a su buena forma, le supuso un enorme esfuerzo tirar de él a lo largo de cincuenta metros–, cavar una fosa, introducir el cadáver y volver a cubrirla. ¿Quién iba a imaginar que un chucho detectaría el rastro meses después y decidiría escarbar en su busca?

Cuando retornó a la casa se sirvió un vaso de whisky para tratar de templar la excitación que dominaba su cuerpo. Mientras lo apuraba echó un nuevo vistazo al salón, buscando algún rastro del drama acontecido dos horas antes. Entonces se dio cuenta de la ausencia del gato. “¡Estúpido! –Se dijo a sí mismo– Debería haber comprobado los

bolsillos del tipo”. Lamentó la pérdida de la figura, por la cual sentía un fuerte aprecio, pero no podía arriesgarse a volver a excavar por ella.

Aseguró no conocer la identidad del ladrón, y que sólo más tarde, cuando inició su relación con Marga, comenzó a sospecharlo. Aunque no llegó a estar seguro por completo; de hecho, rezó porque no fuera su hijo.

*

–Te lo juro, Marga –le dijo, tratando de mirar a unos ojos que le esquivaban con obstinación–, nunca quise hacerte el menor daño.

Intentó convencerla de que le envió las cartas, a través de su abogado en Madrid, porque no soportaba verla sufrir. Fue un alivio observar como regresaba su sonrisa, sentir como lograba disfrutar el tiempo que compartían juntos. Pero siempre deseó que fuera un recurso temporal, anhelando con todas sus fuerzas que el chico apareciera en cualquier momento, pudiendo olvidar todo aquel feo asunto como una tormenta de verano. Habría dado cualquier cosa porque aquel cuerpo sepultado cerca de la casa no hubiera sido el de su hijo.

–Siempre fui sincero en mis sentimientos, Marga. Tú me salvaste. Cuando creía que mi vida estaba consumida, agotada; cuando pensaba que ya nada más podía esperar de ella... Apareciste tú y lograste que volviera a sentir... A creer en mí mismo, como hombre y como escritor. Gracias a ti pude terminar mi mejor obra: ahora sé que sin estar tú a mi lado, Marga, nunca lo hubiera conseguido. Yo... te quiero.

Ella no respondió. Dio la vuelta y marchó enjugándose las lágrimas. Torres la observó, clavado en el incómodo asiento del que no tenía fuerzas para levantarse, desde el otro lado del cristal de la sala de visitas para presos preventivos. Fue la última vez que la vio.